

SANTIAGO, 5 de marzo de 1996.

Mi querido Ramón,

tú sabes que nosotros también tenemos un hijo que se llama Javier.

Hace 25 años que él tomó el camino para recorrer otros cielos, igual como el tuyo la ha hecho ahora.

Cuando nuestro Javier partió sentimos una tremenda angustia, un imposibilidad de hallar alguna justificación, alguna causa, algún responsable de lo incomprensible por lo injusto e insoportable.

En este tiempo, que como siempre pasa implacable y destructor, ha ocurrido, sin embargo, que nuestro Javier está con sus mismos 22 años, con su misma tez suave y tersa. Tiene su mismo andar cadencioso y tiene sus mismas ambiciones y esperanzas que entonces tenía. Se ha ido acercando más y más a nosotros, hasta llegar a ser el gran sostenedor que vive ágil y prodigo en la memoria de toda la familia.

Para mi, él significa algo muy importante y algún día te contaré cómo actúa su presencia en mis decisiones y mis voluntades.

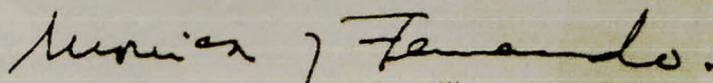
La verdad es que en los 25 años que han pasado desde su partida ha surgido una mejor y más intensa amistad que la que entonces teníamos. Ahora conversamos más que entonces y me ayuda mucho más allá de lo que pueden el resto de nuestros hijos, aunque ellos ponen tanto afán por querernos y ayudarnos.

Hoy te ví igual que como yo me ví hace 25 años.

Y por eso sentí la necesidad de conversar contigo, a través de esta carta, que te lleva el aliento de la experiencia vivida.

De que los seres amados- sobre todo los hijos- tienen la vida eterna que Dios les da y, también, perdura la vida terrena de ellos en la memoria sin ausencias y en la conversación alegre y franca, sin los escollos o limitaciones que siempre existen entre las personas.

Por todo esto les enviamos, un beso de esperanza para ustedes dos y los niños, de sus tíos


Mónica y Fernando Castillo

SANTIAGO, 5 de marzo de 1996.

Mi querido Ramón,

tú sabes que nosotros también tenemos un hijo que se llama Javier.

Hace 25 años que él tomó el camino para recorrer otros cielos, igual como el tuyo la ha hecho ahora.

Cuando nuestro Javier partió sentimos una tremenda angustia, un imposibilidad de hallar alguna justificación, alguna causa, algún responsable de lo incomprensible por lo injusto e insoportable.

En este tiempo, que como siempre pasa implacable y destructor, ha ocurrido, sin embargo, que nuestro Javier está con sus mismos 22 años, con su misma tez suave y tersa. Tiene su mismo andar cadencioso y tiene sus mismas ambiciones y esperanzas que entonces tenía. Se ha ido acercando más y más a nosotros, hasta llegar a ser el gran sostenedor que vive ágil y prodigo en la memoria de toda la familia.

Para mi, él significa algo muy importante y algún día te contaré cómo actúa su presencia en mis decisiones y mis voluntades.

La verdad es que en los 25 años que han pasado desde su partida ha surgido una mejor y más intensa amistad que la que entonces teníamos. Ahora conversamos más que entonces y me ayuda mucho más allá de lo que pueden el resto de nuestros hijos, aunque ellos ponen tanto afán por querernos y ayudarnos.

Hoy te ví igual que como yo me ví hace 25 años.

Y por eso sentí la necesidad de conversar contigo, a través de esta carta, que te lleva el aliento de la experiencia vivida.

De que los seres amados- sobre todo los hijos- tienen la vida eterna que Dios les da y, también, perdura la vida terrena de ellos en la memoria sin ausencias y en la conversación alegre y franca, sin los escollos o limitaciones que siempre existen entre las personas.

Por todo esto les enviamos, un beso de esperanza para ustedes dos y los niños, de sus tíos

Mónica y Fernando
Mónica y Fernando Castillo